

**Martinico Ventosa**  
DIRECTOR.

### Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.  
Madrid y provincias, 46 rs. id.  
Números sueltos un real vellon.

### REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



**Martinico Ventosa**  
DIRECTOR.

### Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet, don Dionisio Brase y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

# EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

Nadie se muere hasta que Dios quiere.

Esto ya lo sabíamos hace mucho tiempo; pero también sabemos que

«El mundo es falso de maldades lleno...» y lo repetimos un día y otro hasta la saciedad y, lo que es más, contribuimos á probarlo hasta donde nuestras fuerzas alcanzan. Que todos hemos de morir lo sabemos también, por desgracia ó por fortuna; pero que no sabemos cuando nuestro fin será, es tan cierto como todo lo que llevo dicho. Entonces, señores, ¿para qué augurar la próxima muerte de un cristiano, por más que este cristiano sea un *Duende*?

Nació apenas, y ya los amigos, los enemigos y los indiferentes exclamaron — «Pronto morirá.» — Todos morimos *pronto*, aunque vivamos tanto como los abusos en España. Oigamos, sino, á un prógimo que ha contado cien navidades, exclamará al cerrar el ojo: — «¡Morir tan pronto...!» — Y tendrá razón. ¿Qué son cien años comparados con la eternidad?

Pero al *Duende* no se le conceden cien años de vida. Qué, cien años... Ni uno, ni medio, ni tres meses: ya han pronunciado su sentencia: *El Duende* debe morir al mes de su aparicion. ¡Cruelles...! ¿Por qué no ha de vivir? Es decir, por qué no ha de *exhibirse* (verbo de moda) un poquito más? En cuanto á *morir* es otra cosa. Piensa *El Duende* todavía ver reconquistados Gibraltar y Portugal por las armas españolas antes de abandonar esta jaula de grillos llamada mundo: y ya ven ustedes que podremos decir:

«Si tan largo me lo fias,  
echa para capa y sayo.»

Y sino, en vez de enflaquecer, postrarse y estirar la pata ¿cómo es que *El Duende* vive, bebe, se engorda y crece?

Diez y siete suscritores cuenta *El Duende* dentro y

fuera de la Capital: ha vendido en un mes *dos* números sueltos; y se le ve, no obstante, jovial y orondo, y aun espera que se le vea

«estenderse, crecer, tocar las nubes  
y en el profundo abismo hundir la planta...»

¿Cómo se hace eso?—Perdiendo *El Duende*.—*El Duende* no pierde.—Habrà algun pagano de por medio.—Tampoco: aquí se juega limpio, y solamente nos entendemos con católicos, y apostólicos y romanos.—Entonces...—Oigan ó lean ustedes; y *El Duende*, que tan amigo es de contar lo suyo como lo ageno, les contará de qué modo vive, ya que contó su origen y proezas, tranquilizará á los amigos que teman por su vida, y dará un mal rato á los enemigos que ansien su muerte, si es que alguno la ansía.

El mes de Junio de 1862 concluia en medio de truenos y relámpagos, aguas, vientos y frios; y como el tiempo se hallaban los redactores de *El Duende* al redor de una mesa sentados. Mas tristes que gorros de dormir, mas cabizbajos que amante desengañado, mas frios que el tiempo y mas hambrientos que un cesante, miraban alejarse y desaparecer su esperanza en medio de la indiferencia, del desden público; y los bostezos dando la mano á las tiritonas, y los suspiros alcanzando á los ayes, aumentaban la tristeza de aquel sombrío cuadro, capaz de enternecer al Convidado de piedra.

—¡Maldita condicion la del escritor público!—decia en coro la redaccion... Depender del público lector... Mimarle, adularle, llamarle benigno, ilustrado. generoso... llenarle de piropos y alabanzas para captarse su apoyo, y ver que el ingrato se hace el sordo y vuelve la espalda echando nueve nudos á su bolsa...! Escribimos y nadie nos lee: litografiamos y nadie nos mira; y el hambre va á acosarnos y el cuervo no llega...!



—¿Quién habla aquí de hambre?—esclamó con voz de trueno, apareciendo al mismo tiempo en el dintel de la puerta, nuestro respetable director *El Duende*. —¿Qué sucede á mis redactores que tan cariacontecidos y mohinos les encuentro?—

Después de un momento de respetuoso silencio, referimos al interpelante la causa de nuestras jeremiadas; los temores que nos atormentaban y la general sentencia de muerte lanzada contra nosotros. Mirónos por breve tiempo con un semblante entre severo y compasivo; echóse atrás la capucha, tosió tres veces, escupió á lo jaque, y tomando su linterna y dirigiéndose á la puerta por la que habia entrado, nos dijo por toda arenga y en tono imperativo esta sola palabra— «Seguidme.»—Pusímonos en pié y obedecimos. Guiónos escalera abajo; nuestros repartidores aguardaban; les dió una antorcha á cada uno, y así callando y siguiendo, bajó la comitiva la friolera de doscientos veinte escalones, al cabo de los cuales nos encontramos en un sótano vasto, húmedo y resbaladizo, habitado por multitud de murciélagos y lechuzas, cuya salida á la luz estas fatídicas aves y el diablo conocerían. Vernos, comenzar su vuelo y sus chillidos, fué una misma cosa: desaparecieron luego, y colocándose *El Duende* en medio de nosotros, dijo:—Merecia vuestra desconfianza y cobardía que yo os abandonase á vuestra aciaga suerte; y que, volviendo á tomar las de Villadiego, fuera á llevar mis beneficios á otros países; pero me dais lástima; sois buenos muchachos; y conociendo que, como dice un poeta dramático contemporáneo, tuerto por mas señas,

«El hambre es fiero animal...»

os perdono y haré mas: os devolveré ahora mismo la fé y la esperanza á costa de mi caridad. Acércate, Corre-calles: toma ese pico; pica ahí, y en la picota me vea yo si antes de veinte picazos no os convertis en picazas á fuerza de picotear.—Obedeció el repartidor Corre-calles, principió la operacion, esperábamos silenciosos, cuando á los pocos golpes cayó con estrépito un tabique, dejando ver en el nicho que ocultaba una viejísima arca de cedro del Líbano con una cabeza de cabron por cerradura. Acercóse *Martinico*, apretó el cuerno izquierdo de la dicha cabeza, y con admiracion de los presentes se alzó la tapa, y salió del fondo una llama fosforescente y un olor á azufre que trastornaba. Inclínóse ante el arca *Martinico*, y principió á sacar por su orden los efectos siguientes.

La hoja de parra de nuestro padre Adán.—Un clavo del arca de Noé.—Dos colmillos del gigante Goliath.—El verdadero manuscrito de las coplas de Calainos.—La contera de la vaina de la espada de Bernardo.—Una liga de doña Urraca.—El dedal de la criada de Pilatos.—Un tratado sobre la tolerancia política, (obra desconocida).—Una cuerda del arpa de David.—La conciencia de un usurero.—La peluca de Mahoma.—Los presupuestos de Recesvinto.—Una quijada de Rocinante.—Un tratado sobre la empleomanía.—Los adelantos de la humanidad, simbolizados en un cañon rayado.—Una

causa célebre puesta en música, con acompañamiento de violon—y otra porcion de objetos mas ó menos interesantes, cuyo inventario pasamos en silencio en gracia de nuestros lectores. Admirados estábamos redactores y acompañantes, cuando ¡oh asombro! bajo una capa que fué del inolvidable Florida-Blanca, se ofrecieron á nuestros ojos unos cuantos sacos ordenadamente en el fondo del arcon colocados, en todos los cuales se leia el número 1,000. Algunos de ellos, reventados, dejaban ver, reluciente y hermoso, ese vil metal tras el cual corre el mundo entero; que á todos gusta; que á ninguno sacia; que tan mal repartido y colocado está; que tanto bien podia hacer, y que tanto mal hace; ese metal, en fin, llamado oro.—¡Oro!!!—Esclamamos á una voz los asistentes.—Oro, si, oro. Dijo *Martinico*. ¿Quién de vosotros se atreverá ahora á hablar de hambre y de muerte? Este tesoro perteneció á una célebre Compañía, y no de soldados, de cómicos ni de ladrones, que dispersada y derrotada un dia, dejó en la fuga al cuidado de un santo varon el fruto de sus *largos trabajos y economías*. Hoy vuelve á ver la luz del sol; hoy cambia de destino; hoy socorrerá al pobre, difundirá las luces, defenderá al inocente, perseguirá al malvado, contribuirá á hacer respetar los poderes constituidos, desarmará á los asesinos... Hoy, en fin, os dará alimento, amigos míos, y la vida á nuestro periódico: reine la alegría y mal haya el que intente turbarla en adelante. Un grito unánime de «viva *El Duende*» retumbó en aquellas profundidades; después de lo cual volvimos á subir, no sin asegurar nuestro tesoro, del que de hoy en adelante podremos disponer á nuestro antojo.

Y ahora, carísimos lectores, ¿confiais en la existencia de *El Duende*? No temais por sus dias; puede vivir y crecer con lo que ya hoy tiene. Con recursos cuenta; voluntad le sobra: materia para escribir, por Dios que no ha de faltarle. Adelante, pues, y estad seguros de que ya hoy

«la vida ó muerte de *El Duende*  
de su voluntad depende.»

## El Celibato.

¡Cuanto se ha dicho, se dice y se dirá aun sobre el matrimonio! Y, sin embargo, los que mas se rien de él la víspera, suelen ser los que primeros y mas ridículamente caen á la mañana siguiente.

Un tio, que Dios me dió, celibato camastron, á quien yo pregunté cierto dia si debia casarme, me contestó.—«Pasamos la primera parte de nuestra vida burlándonos del matrimonio; nos casamos el dia menos pensado y acabamos nuestra existencia arrepentidos de haberlo hecho.»

Y como le motejase de aborrecer al bello seco, me replicó:

—Al contrario, sobrino mio; si no me caso es por



que le amo y quiero amarle hasta el último instante de mi vida.

En aquella ocasion amaba yo furiosamente á una rubita como un sol; y no pudiendo vencer mi volcánica pasion, pedí á mi tio un remedio eficaz para dejar de amarla.

—Cásate con ella, me dijo risueño; un mes despues de la *luna de miel*, tu furioso amor se trocará en amistad dulce y tranquila.

—Pensaré en ello.

—Sí; piensa en ello toda tu vida, y es lo mejor que puedes hacer.

—¿Crée usted, pues, que si lo pienso no me casaré?

—Casarse, arrojarse por una ventana ó meterse fraile son tres cosas que es necesario hacerlas sin meditarlas.—

El buen señor sostenia que para el corazon de un marido solo había dos dias buenos: el de la boda y el en que enviudaba. Tenía máximas extravagantes acerca del nudo conyugal. Repetía con tono solemne, á imitacion de Aristófanes en el ateneo:

—Maldito el mortal que se casa dos veces. Es digno de interés para la primera mujer, por que ignora lo que es el matrimonio; pero para la segunda no tiene excusa.—Y añadía.—Creo, no obstante, en un buen matrimonio posible: en aquel en que el marido sea sordo y la muger ciega.

En una reunion en que mi tio se encontraba, decia un respetable papá que acababa de negar á su hijo mayor el consentimiento para casarse, por que era demasiado jóven y debía esperar á tener mas juicio.

—Se equivoca usted, caballero; le dijo mi tio: si llega á tener juicio, de seguro, no se casará.

Mi tio había sido militar y examinando el matrimonio bajo el punto de vista estratégico, decia:

—El casamiento se parece á un ejército que marcha al combate.

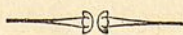
El amor son las guerrillas perdidas: mueren al primer choque.

El séptimo Sacramento es el cuerpo de batalla, que resiste mas tiempo: tanto mas cuanto que está apoyado por el arrepentimiento, que es la reserva, y permanece impertérrita mientras el cuerpo de batalla subsista.»

¿Quereis que os diga, amables lectoras, como concluyó mi tio, el endurecido celibato? Se casó con su cocinera, que le pega, que le maltrata, que le hace.... el mas desgraciado del mundo, y por la cual ha desheredado á sus pobres sobrinos.

Así concluyen casi siempre esos fanfarrones, esos hombrés fuertes y sobervios; desafían y vencen las mas temibles emboscadas, y un sucio zagalejo les hace al fin hocicar.

Jóvenes sensibles, escarmentad en cabeza ajena.



## P. y P.

### Apuntes para una novela íntima,

#### I.

#### EN FERRO-CARRIL.

Un jóven moreno y de agradable aspecto subía en un wagon del tren de Pamplona, á tiempo que una deliciosa y vaporosa rubia se dirigia á hacer lo mismo.

—Apóyese V. señorita.—Dijo el jóven ofreciendo su mano.

—Gracias.—Y se apoyó... y la niña al demostrar su agradecimiento, mostró que poseia una voz de *prima donna* y unos dientes..... Ay, que dientes!!!!!!

#### II.

La locomotora corre,... corre.... corre....

Se entabla el diálogo,

*El Moreno.*—¿Cómo se llama V., señorita?

*La Rubia.*—Dispense V..... pero....

*El Moreno.*—Ya: comprendo á V. He pecado de imprudente y mi pregunta es importuna; pero usted me disculpará, cuando, haciendo uso de una franqueza, á que nada me autoriza, diga á V., señorita, que la amo desde el momento en que la ví.

*La Rubia (sacando el reloj).*—Es decir; desde hace quince minutos.

*El Moreno.*—El amor ducho en las tretas,....

*Una voz.....*—Las casetas! Las Casetas!

*(Entran y salen varios viajeros.)*

*La Rubia.*—¿Cómo quiere V. que le crea? Sería hacerme muy poco favor suponer.....

*El Moreno.*—Es tan grande mi pasion.....

*La voz.....*—Dos minutos. Alagon.

*(Continúa el viage.)*

*El Moreno.*—Créame V., señorita; soy incapaz de fingir lo que no siento.

*La Rubia.*—Como todos.

*El Moreno.*—Es V. injusta; siento decirlo. Además me llamo Pedro.

*La Rubia.*—Es una razon.

*El Moreno.*—Pues ya.....

*La voz.....*—Dos minutos. Alcalá.

*(Silva la locomotora y marcha el tren.)*

*El Moreno.*—Ya vé V. que la amo hasta por necesidad.

*La Rubia.*—No entiendo....

*Una vieja....*—*(que escucha por no perder la costumbre)*

Los hombres son muy astutos.

*La voz.....*—Luceni.

*La Rubia.*—Ya....!

*La voz.....*—Dos minutos.

*(Anda el tren, anda la vieja y anda el diálogo.)*

*El Moreno.*—Si V. no corresponde al inmenso amor que la profeso....

A mi vida digo agur.

*La voz.....*—Gallur.





El Tesoro de EL DUENDE.





Salve. .... Los que van á morir te saludan.



*El Moreno.*— Tan pronto....!

*La voz*.....— Gallur.

(*Suena el silvato y continúa el viage.*)

*El Moreno.*—Encontrará V. mi cariño demasiado espontáneo, pero no es así. El alma, que necesita dar lugar al tiempo para poder apreciar un sentimiento, lo sujeta á cálculo, y entonces adios; el amor no existe. Se han pesado las cualidades impresionables y metalúrgicas de la mujer ó del hombre y se prepara un negocio.

*La Rubia.*—(*Conmovida*) Pero si el caso es... que yo

*La voz*.....— Dos minutos. Córtes.

*El Moreno.*—(*Impaciente.*) ¡Oh!!!

Arranca silvando el tren.

Va la niña safocada.

Ella suspira; él también.

Él dice "gano mi eden."

Y la voz "*Rivaforada.*"

(Aquí el diálogo comienza á tomar tal colorido, que nos es imposible relatarlo. El *tú* por *tú* se prodiga, y los apretones de manos y.... Solo cuenta la crónica que al decirla el Moreno, no sé qué cosa en voz bajita, contestó la niña:

Ay, Perico... esa no cuela.

*La voz*..... Doce minutos. Tudela.

### III.

#### DONDE DIOS QUISO.

—¿Quieres, lector, saber qué resultado tuvo el viage?

No pensaba decírtelo; pero con el santo objeto de que no sufras un ataque de curiosidad, de los mas furiosos, te diré.....

¿Has leído *Nuestra Señora de París*, de Victor Hugo?

¿Y quién no la ha leído?

Pues bien; estos concluyeron como Febo y...

Tuvieron un fin trágico! ¡Se casaron!!!

*Amen.*



#### El que nada debe.

¿Conoceis alguna cosa mas insoportable que el hombre que nada debe?

En todas las familias ricas ó pobres hay siempre alguno que no debe nada.

Vedle pasear por esas aceras, gordo, reluciente, recién afeitado, con un vientre que parece un globo. El cuello de la camisa está en amable conversacion con su cráneo, sobre el que aplasta los rarísimos mechones que de un lado y otro se elevan hasta juntarse en el occipucio.

Acercaos á él y habladle de cualquiera prógimo: el os llevará, *vellis nollis*, al Edem egoísta que se ha fabricado, gracias á su sistema de economía doméstica. Su bello ideal, su política, su ciencia, toda su filosofía están reasumidas en esta frase sacramental:

—*No debo nada á nadie.*

Para él *deber* ó *no deber* reemplaza al *ser* ó *no ser* de Sakespeare. *Deber* para él es el vicio: *no deber* la virtud.

Le direis «don F... es un gran poeta»—«Imposible; os responderá: no puede ser buen poeta el que tiene deudas.»

Entre los que ilustran la literatura, las artes, el ejército ó el foro, citareis á fulano ó á zutano: os responderá con una sonrisa compasiva.—«¿Cómo pueden ilustrar los que han contraído deudas?»

*Dime como pagas te diré quien eres:* tal es su código.

*Pagad y sereis considerados,* su evangelio.

*Las buenas cuentas hacen los buenos amigos,* su proverbio.

*Enri; ueceos sea como quiera,* su inflexible moral.

No admite reveses de fortuna en un hombre honrado; pero concede que pueda otro quebrar tres veces y vivir en la opulencia con las rentas *de su mujer*, que ha multiplicado con la ruina de sus acreedores. «Esto, dice, pertenece al dominio de la inteligencia.»

No es un corazon el que late bajo su tetilla izquierda; es una onza de oro roñosa.

El hombre que no debe nada se casa tarde. «Una mujer legítima, pensó un día, es un lujo; pero mis recursos me permiten adquirirlo.»

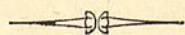
No bastándole el mortificar á sus dependientes, á quienes *para eso les paga*, se retira de los negocios despues de redondeada su fortuna, y emplea su actividad, ó mas bien su necesidad de agitacion, en luchas de una guerra intestina.

Insulta groseramente á su criado, bajo el pretexto de que le roba. «Debes pagar menos, le dice, las judías, los nabos y las coles, por que para eso las pagas al contado.»

En breve llega á ser el atormentador, el verdugo de su mujer y de sus vecinos. Injuria á la señora por que se ha olvidado de pagar cuatro cuartos al aguador, y lleva á juicio de conciliacion al que, inadvertidamente, entra á verle y pisa su estera con el calzado lleno de lodo. El juez se le rie en las narices, y sale furioso del tribunal, asegurando que *no hay justicia en la tierra.*

Si llega á tener un hijo (cuyo nacimiento considera como un suceso imprevisto) le vestirá con su ropa usada; y si un día el muchacho se gasta dos reales aunque sea en cortarse el pelo, le hará el padre esta solemne prediccion «*Tú morirás en un hospital.*»

El hombre que no debe nada y se vanagloria de ello es mi pesadilla, mi desesperacion. Quisiera que él y cuantos se le parecen no tuvieran mas que una sola cabeza para poder cortarla de un hachazo. Concluiré jurando por todos los dioses del Olimpo que no seré yo jamás de los hombres *que no deben nada*; y si acaso lo dudais, os permito que lo pregunteis á mis acreedores.





## El ahorcado por convicción.

En 1786 el prior de la abadía de Epernay tenía la nariz muy fina. Previendo la tempestad revolucionaria, había economizado, á fuerza de buenas obras, un mediano peculio.

El gato; escondido por el abad en el fondo de un puchero de manteca, fué descubierto por el criado Anselmo un día en que se comía de ayuno.

Este hallazgo admiró á Anselmo tanto que lo llevó al momento á su cuarto para examinarlo detenidamente.

Cometió dos faltas: la de robar y la de no saber aprovecharse del robo.

Atrapado en breve, despojado, y condenado á horca, se le envió al Chatelet, en París, para la ratificación de la sentencia.

Reconocido útil para ser colgado, le soplaron en una de las mensajerías, y bajo la custodia de dos gendarmes volvió á emprender el camino de Epernay, donde debía ser ejecutado. En la travesía se escapó. Durmiendo de día; y huyendo de noche, el infeliz, que se creía en salvo, fué desagradablemente sorprendido al fin de la cuarta noche, encontrándose en el mismo, mismísimo Epernay y al pie de la abadía.

El día despuntaba, y resolvió ocultarse en la misma madriguera del lobo.

Por un portillo de la cerca entró en el establecimiento, cuyos rincones mas recónditos conocía desde su infancia: sobre todo aquellos en los que jamás ponía el pie la santa comunidad.

La campana tocaba á maitines.

Se resvaló hácia el sitio en que estaba colgada la llave del campanario; la atrapó, subió la escalera y fué á instalarse sobre las bóvedas de la iglesia.

¿Qué diablo había de ir á buscarle allí?

Como Robinson Crusoe yendo á su buque, Anselmo salía de noche en busca de provisiones.

En tres ó cuatro escursiones adquirió víveres, muebles y algunos libros: era cuanto necesitaba.

—Héme ya instalado: se dijo. Ahora ya puedo vivir aquí tranquilo y feliz hasta la mas avanzada edad.

El primer día miró por una lumbrera. En la plaza descubrió la horca alzada, que parecía tenderle los brazos.

—¡Horror!!! Esclamó: ese espectáculo me hiela el corazón.—

Era un maderage húmedo, sombrío, asqueroso: al menos así le pareció; porque llovía, el cielo estaba oscuro y era uno de esos días durante los cuales todo disgusta.

—¡Antes morir que ser ahorcado!—Esclamó y cerró la ventana.

Al principio todo fué bien. Arregló sus trebejos; despachó algunos vasos de vino; en una palabra, encontró distracción.

La falta de ejercicio le hizo sufrir; pues no se atrevía á moverse por no ser oído. El menor movimiento, el ruido de sus pasos despertarian el eco en las sonoras bóvedas. Era una excelente ocasión para trabajar en el trapecio; pero carecía de este silencioso instrumento de ejercicio. El fastidio principiaba á apoderarse de Anselmo; quiso distraerse y volvió á la ventana.

El tiempo había cambiado; el sol brillaba y el patíbulo le pareció menos siniestro.

—Calle...! ecclamó; pues es nuevecito, flamante; y tiene un verdadero color de caoba.—

—Examinó sus fuertes cuñas, su enclavijado, su solidéz, y le gustó.

—Y sería yo quien lo estrenase...—Dijo para sí.

Pensó en los quinientos criminales que le sucederian en el patíbulo, á los que bien pronto se olvidaria: su nombre pasaria á la posteridad; formaria época; y los habitantes de Epernay dirian:

—Anselmo estrenó esa horca.—

¡La posteridad!!! Su vanidad principió á tentarle.

Cuando se apartó de la ventana, si no se había reconciliado con la horca, principiaba, al menos, á mirarla sin repugnancia.

Pensó un día y dijo.—Envejecer aquí...!

Y pensó tambien en qué, pasando los años, podría, quizás, abandonar su escondite.

—Creémonos una posición para entonces:—dijo, y principió á aprender de memoria *El Código del notario perfecto*.

Al cuarto día, por cierto domingo de Ramos, Anselmo se despertó tarde y malucho. Sus arterias latían con fuerza; su vista se oscurecía; su cerebro estallaba: estaba agoviado por ese terrible dolor que se llama jaqueca.

Sus padecimientos eran atroces y buscaba la causa.

Celebrábase debajo el oficio divino, y el humo del incienso, subiendo á las bóvedas y pasando á través de las grietas, llenaba el refugio de Anselmo con su pesado perfume.

¡Horror...! Anselmo detestaba los olores, aun los que eran desagradables.

Entonces reflexionó.

—Cae la Pascua á fines de abril; despues entramos en mayo, en el mes de María: habrá flores, é incienso con profusion... ¡Desgraciado! ¡Qué va á ser de mí!



Y tuvo frio á la sola idea de los padecimientos de una jaqueca, que podria durar seis semanas, y concluyó pensando:

—Dicen que hay cierto placer en la ahorcadura...

=

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un ruido extraño.

—Bisi, bisi, bisi, bisi...

Estos cuchichos eran las oraciones de los fieles, que subiendo entre las nubes de incienso, atravesaban la bóveda y se dirigian al cielo.

Y se puso á escuchar.

=

Lo que oyó era tan innoble tan infame...! Tan malvados pensamientos se ocultaban bajo hipócritas palabras, que no pudo menos de exclamar:

—¡Estos son los que quieren ahorcarme...!

Y se horrorizó de los justos.

(Se concluirá.)

—

## Cuentos de El Duende.

El hijo primogénito del marqués de P. las echa de *diletante*.

En cierta reunion se hablaba de *Eurianthe*, y todos elogiaban la escelencia de la ópera.

—Usted, que tan versado está en los asuntos musicales, dijo una jovencita aficionada á la música al ilustre vástago: ¿podria decirme en qué época murió el célebre Weber?

—¡Cómo... Weber ha muerto! Contestó estupefacto el futuro marqués: no sabia, señorita, ni siquiera que estuviese enfermo.

Hay siete pecados capitales; uno para cada dia de la semana. La muger es el octavo pecado capital.

No os enojeis, hijas de mi alma: este pensamiento es de un pícaro francés.

Preguntaba un ciudadano en cierta tertulia, por qué se veían en la sociedad mas mujeres casadas olvidando sus deberes, que solteras culpables.

Un papá entrado en años lo atribuía á que la vigilancia paterna es mayor que la *policia* conyugal.

La generalidad de los oyentes iba á darle la razon; cuando una obesa y sexagenaria dama, sorbiendo un descomunal polvo de rapé, dijo:

Son ustedes muy inocentes y no conocen á fondo el corazon femenino.

El honor de una soltera es suyo y cuida de él por dos; mientras que el honor de una casada pertenece al marido, y deja á este solo el cuidado de guardarlo.

Decian hace pocos dias á un amigo mio, que tiene oportunísimas contestaciones:—¿Conoces al jóven B...? ¿Sabes sus nuevas relaciones con la linda J...? ¡Mortal afortunado...! Es un zorro para el amor.—Yo sabia que era una bestia; contestó mi amigo; pero ignoraba á qué especie pertenecía.

No recuerdo donde he leído esta definicion acerca de los pobres de espíritu. «*Los pobres de espíritu* son generalmente *los ricos de dinero*».

—

## SECCION GRAVE.

Hemos tenido el gusto de visitar el estudio de Mr. Lauret, distinguido pintor francés, que se halla accidentalmente en esta capital. Retratos al óleo de personas conocidas, retratos y cuadros al pastel, representando escenas de los diferentes paises visitados por Mr. Lauret, ofrecen aquellos, además de una perfecta semejanza, una frescura de colorido, una entonacion en las tintas y una correccion en los detalles dignos de los mayores elogios; y en los cuadros se observa tal encanto en las luces, tal frescura en los paisajes y tal verdad en las figuras y accesorios, que revelan la inteligencia y el talento del distinguido artista.

Aconsejamos á nuestros lectores que visiten, como nosotros, el estudio de Mr. Lauret, sito en la calle del Cinco de Marzo, casa del Sr. Castellano, donde serán recibidos con la amabilidad y cortesania que, suelen acompañar al verdadero mérito.

—

## TEATRO.

Desde la publicacion de nuestro número anterior hemos tenido ocasion de aplaudir á la célebre actriz Sra. Ristori en las tragedias *Judita*, *Norma* y *Fedra*.

Siempre á una misma altura esta eminente artista, seduce, encanta, arrebata al público que, pendiente de sus labios, con ella siente, se estremece, llora; y presa de una completa fascinacion no vé la escena, no vé á una actriz; vé con asombro evocados los personajes históricos, y retrocede á las remotas épocas en que *Medea*, *Maria Stuart*, *Isabel de Inglaterra*, *Judit*, *Norma* y *Fedra* llenaron el mundo con sus desgracias, su heroismo, sus maldades y su abnegacion. La Sra. Ristori, ya lo hemos dicho, es un prodigio, es digna, muy digna del entusiasmo, de la admiracion que ha inspirado en la culta Europa.

En breve nos abandonará; pero vaya segura de que su recuerdo no se borrará jamás de nuestra memoria, y de que Zaragoza, como otros tantos pueblos, repetirá con respeto y entusiasmo el célebre nombre de Adelaida Ristori.

Editor responsable: MANUEL ALLUE.

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustin Peiro.—1862.